



Cabalgada fantástica.

El viento es un caballo
óyelo cómo corre
por el mar, por el cielo.
Quiere llevarme: escucha
cómo corre el mundo
para llevarme lejos.
(El viento en la isla, Pablo Neruda.)

“La corriente empujaba a Crin-Blanc y al muchacho hacia el mar. Y el ganadero, lleno de remordimientos, voceaba: “¡Vuelve, vuelve pues, pequeño, te lo doy, este caballo, es tuyo, pero vuelve, vuelve pues!”

Pero el pequeño pescador no escuchó al ganadero y a sus hombres que ya le habían engañado.

Crin-Blanc y él, tapados por las olas, desaparecieron ante la mirada de los hombres.

Nadaron largamente, mucho tiempo. Y Crin-Blanc, dotado de una gran fuerza, llevó a Folco a una isla maravillosa donde los niños y los caballos siempre son amigos.”

Así termina la historia de “Crin-Blanc”, y de Folco, que no dudaron en echarse juntos al río, para que este corcel salvaje e insumiso no fuese capturado.

Hace unos días, cavilando, el cauce libre de mi espíritu recorriendo las enredadas curvas de mi fantasía, de repente y no sé porqué, me acordé de este cuento que fue unos de los mayores sellos afectivos de mi mocedad. Me puse entonces a buscar este librito en mi biblioteca. Recordaba que yo lo había guardado con sumo cuidado unos años antes por tener mucha importancia para mí. No lo encontré fácilmente. Hicieron falta dos días de mal humor y desasosiego, insoportables para mis familiares, para encontrarlo una vez todos los libros removidos. Lo encontré, al fin, entre los “*Asterix*”; tiene, pues, el mismo formato que los insignes cómics. Sin embargo es mucho más que un vulgar cómic, es un libro, un verdadero libro, probablemente mi primer libro, uno de unas cincuenta páginas con fotografías provenientes de la película de Albert Lamorresse, Crin-Blanc, acompañadas de una breve narración. Esta obra, conforme a lo que está escrito en la primera página, obtuvo el “Gran Premio Internacional de las Películas Recreativas para Niños” en el festival de cortometrajes de Cannes. Las fotografías, en blanco y negro, como esta cinta de los años cincuenta, a menudo llenan la totalidad de las páginas y son de una calidad excepcional. Me di cuenta de que estaba más gastado de lo que yo pensaba: la portada de papel brillante se encontraba muy estropeada. Seguramente experimento lo de siempre cada vez que vuelvo a hojearlo después de muchos años, todavía con el recuerdo del regocijo cuando, niño, lo abrí por primera vez, nuevecito.

Es un libro muy sencillo, sin adorno ninguno, por eso es muy hermoso. La portada representa una fotografía de la cabalgada de Folco con Crin-Blanc, a pelo, galopando a orillas del mar. El agua brota de los cascotes del caballo. La crin blanca del animal y la cabellera negra del jinete, emborrachadas, ondean al compás del viento de la velocidad.



Unos pinos mediterráneos cierran el horizonte de este típico paisaje llano. Todas las fotografías revelan la misma energía poética, ya sean de las riñas entre caballos, de las hazañas de Falco para liberar a su amigo o de los episodios de ternura. El texto simple y eficaz, nada infantil, respalda las fotografías contando la historia de ese joven pesquero camargués que entabla amistad con un superbo caballo salvaje y que lo libra de la servidumbre hurtándolo al ganadero de la manada del lugar. Este cuento de amistad adolescente sin concesión y sin límites, igual al paisaje donde se desarrolla, la bravura, la fidelidad, la lucha por la libertad, y el desenlace que engaña a la muerte, fueron para mí un descubrimiento iniciático, una evasión del enfrentamiento de un niño de unos diez años con el mundo de los adultos.

Este libro, por su simplicidad, por la espontaneidad que desprenden las fotografías en blanco y negro, simboliza los sentimientos que tuvo uno al descubrir el mundo y sus trampas.

Años después, encontré la misma poesía varonil y rugosa en los versos cantados por Atahualpa Yupanqui, aunque firmados por su mujer escondida bajo el seudónimo “Pablo del Cerro”:

Mi Alazán:

Como una cinta de fuego
Galopando, galopando
Crin revuelta en llamaradas
Mi alazán, te estoy nombrando.

Trepo la sierra con luna
Cruzo los valles nevando
Cien caminos anduvimos
Mi alazán, te estoy nombrando.

Oscuro lazo de niebla
Te pialó junto al barranco,
¿Cómo fue que no lo viste?
¿Qué estrella estabas buscando?

...

Esta poeta francesa, de las islas de “Saint Pierre et Miquelon”, ¿conocía a Crin-Blanc?, ¿sabía dónde iban a parar Folco y él?

Lo pienso yo, porque ese tipo de casualidad ha de explicarse. Por lo menos mi fantasía la quiere explicar. ¿Serán Saint Pierre y Miquelon, las islas dónde llevó Crin-Blanc a Folco? Pues, a medida que esté escribiendo esas escasas líneas, todo se arreglará perfectamente en mi mundo fantástico.

Ese librito integra la clase de los objetos que forman parte de nosotros. No por ser simples adornos que pueblan nuestro ámbito proporcionándonos marcas temporales o geográficas; no, sino por ser mucho más entrañables. Cuando digo que forman parte de nosotros, quiero referirme a lo que representa físicamente, por ejemplo, uno de los



miembros de nuestro cuerpo. Son objetos que sujetan, como rodrigones, nuestra mente. No podemos imaginarnos no tocarlos, observarlos, u olerlos, oírlos, hojearlos, para ensimismarnos, de vez en cuando, en una cavilación necesaria. Son tesoros personales imprescindibles sólo para nosotros. Los demás no pueden entender en absoluto, con todos sus matices, todo el afecto que les atribuimos. Sus intereses desaparecerán con nosotros. Los llevaremos a la tumba, con nuestros secretos indecibles.

No sé si alguna vez he visto la película entera. Posiblemente que sí. Sin embargo, el soporte, DVD u otro, no tendría para mí el mismo valor que este libro gastado del año 1953 que puedo hojear de higos a brevas.

Pensaba acabar aquí esa breve narración, sin haber cenado ayer con una amiga mía profesora de primaria. Hablábamos de este cuento, que todavía me preocupaba, cuando me dijo que no se puede imaginar contar a los niños actuales una historia tan violenta y con un desenlace tan pesimista. “Los traumatizaría”, añadió muy profesionalmente. “Sí, estarán traumatizados - contesté para mi mismo- como seguramente lo estoy desde que mis irresponsables padres me regalaron este libro. Pues, en aquella época no existían los juegos electrónicos para entretener a los niños con los muy pacifistas Ninjas u otros robots moralizadores.” Una vez más callé mi indecible secreto infantil, pensando que se vuelve muy difícil ser niño hoy en día. Lo llevaré a la tumba. Llego a decirme que podría yo rogar que pusieran ese libro conmigo en la caja de madera, a la manera de los príncipes de la antigua Anatolia a quienes acompañaba su montura hacia el más allá. Será, pues, un guiño y un enigma suplementario para los futuros arqueólogos.

Juan-Roberto
Junio de 2011

